

# Shakespeare y Calderón — Juventud con ideal

por Martín de Riquer

por J. Puig Vert

En los últimos días del pasado agosto, aún a pesar de ser la peor época para ello, el público barcelonés ha tenido ocasión de asistir a las dos mejores representaciones teatrales del año: «La tragedia de Macbeth», de Shakespeare y «La Dama Duende», de Calderón, pasablemente interpretadas y magníficamente presentadas por la Compañía del Teatro Español de Madrid, donde habían sido ambas repeticiones estrenadas el pasado invierno.

Hemos podido asistir a los dos aspectos de los dos teatros más importantes del mundo: el inglés clásico, representado en su genialidad casi exclusivamente por Shakespeare, y el español clásico, en el que los genios y los ingenios son numerosos y variadísimos.

No obstante, sin el menor ánimo de hacer objeciones al criterio seguido en la elección de las dos obras dramáticas aludidas, me parece oportuno hacer algunas observaciones acerca de la impresión que ambas pueden haber causado sobre el tipo desgraciadamente corriente entre el público o sea el de la gente que de nuestro teatro clásico sabe poco más de lo que puede recordar en sus lejanos tiempos en que cursaba segunda enseñanza y que, por otra parte, está convencido de que como el teatro de Shakespeare nada hay en el mundo y menos en España.

En literatura—puesto que de literatura dramática tratamos y no de espectáculos escenificados— siempre es peligroso, por no decir ilícito, hacer parangones entre grandes figuras que han superado el ámbito nacional para hacerse universales. El teatro de Shakespeare y el español son totalmente diferentes; los paralelos que entre ambos pueden establecerse se basan únicamente en accidentes, en aspectos externos no consubstanciales a la intención ni al sentido de la acción dramática, que siguen derroteros muy diversos.

Pero es preciso hacer algunas aclaraciones y salir al paso de las equivocadas conclusiones que el espectador corriente de que hablabamos puede haber sacado después de asistir a las dos representaciones recientes. «La Tragedia de Macbeth» es, juntamente con «Othelo», «Hamlet», «Rey Lear» y «Romeo y Julieta», una obra de extraordinaria fuerza, de agudísima penetración psicológica y que plantea de un modo desnudo y descarnado el problema de la ambición, cuyo proceso y consecuencias va desmenuzando con una finísima percepción y una grandeza inigualables. «La Dama Duende», de Calderón, en cambio representa el aspecto más ligero y menos grandioso del teatro calderoniano, o sea el de las comedias de costumbres de enredo, entre las cuales se hallan otras obras de nuestro escritor, como «El escondido y la tapada» y «Casa con dos puertas mala es de guardar». La obra de Shakespeare es, como vemos, la más interesante y elevada de su teatro; la de Calderón, dentro de su magnífica concepción dramática, su agilidad, su gracia y la sorpresa de sus bien trabadas situaciones, viene a ser una de las menos trascendentales dentro de la formidable producción de su autor. La comparación, pues, entre la obra del inglés y del español ha de ser arriesgadísima y conducente al error.

Poco costaría hacer reaccionar a este mismo público en el sentido completamente opuesto. Imaginémosnos que en vez de las dos obras elegidas, la Compañía del Teatro Español de Madrid hubiera presentado «La comedia de las equivocaciones», de Shakespeare y «El mágico prodigioso», de Calderón. En este caso el público hubiera presenciado primeramente una complicadísima y lánguida comedia montada sobre los errores a que dan lugar dos parejas de hermanos gemelos en escena, a base de una trama que en su original, o sea los «Menaechmi» de Plauto, tiene la gracia histriónica del teatro cómico romano, y que en la escena española ya se conocía gracias a la adaptación de Lope de Rueda «Los engaños». En segundo lugar, con el «Mágico prodigioso» se hubiera visto en escena una de las comedias más importantes y de más enjundia de todo el teatro, en la que se plantean problemas tan obsesivos como el de la ciencia humana, el libre albedrío y la salvación, conceptos

que, en mayor o menor intensidad, siempre han preocupado a todos los hombres, mientras para muchos puede no haber tenido verdadero cuidado el de la ambición, desarrollado en «Macbeth». El asunto de la obra Calderoniana, en la cual el estudiante Cipriano, hombre entregado a la especulación filosófica pacta con el diablo para conseguir el amor de la hermosa Justina, la cual se convierte en un esqueleto cuando va a abrazarla, es de las que más pueden impresionar y hacer reflexionar al espectador y ofrece alguna semejanza con el «Fausto» de Goethe. De tema similar son otras dos grandes obras del teatro español: «El Condenado por desconfiado», atribuida a Tirso de Molina y «El esclavo del Demonio» de Mira de Améscoa.

Y no es este el único caso en que Calderón hubiera podido presentarse con armas iguales a las de Shakespeare: «La devoción de la Cruz», «El mayor monstruo los celos», «La vida es sueño», «El príncipe constante», hubiesen hecho un papel brillante ante cualquier obra del dramaturgo inglés; y si precisamente se hubiese querido destacar su posición anti británica, ahí está su comedia «La cisma de Inglaterra» con sus magníficas figuras de la buena reina Catalina de Aragón, la sombría Ana Bolena y el herético y sensual rey-teólogo Enrique VIII.

Finalmente, hay que advertir que en estas líneas se han puesto en juego con verdadero desorden, joyas de las más preciosas del teatro universal, entre las cuales, como se advirtió no es posible establecer calidades, medidas ni comparaciones. Únicamente con la intención de evitar que ello se haga con «La tragedia de Macbeth» y «La Dama Duende» se ha escrito lo que precede.

CUANDO sentimos la fuerza de atracción hacia un ideal noble y elevado, es porque el corazón acusa con su sensibilidad los sentimientos que vibran en él al admirar la verdad y la belleza del ideal propuesto. Si queremos convertirnos en apóstoles o defensores de la causa que admiramos, precisa, como es natural, que la voluntad se determine pero este movimiento determinativo no se realizará en forma activa, hasta que el convencimiento haya sentado sus raíces dentro de nosotros.

La juventud de nuestra época, como la de todos los tiempos, necesita de ideales concretos que la forme y eleve moralmente, necesita del proceso educativo hacia lo trascendental y sublime; sus desviaciones y errores en las grandes convulsiones de la historia, se han producido siempre cuando los conductores de masas no han sabido o no han querido realizar en la juventud, el trabajo profundo de atracción y proselitismo formando su alma con una mentalidad vigorizada no por ideales abstractos sino basada en principios eternos e inmutables de verdad y belleza.

El Cristianismo, como dice, Mons. Ogilvi, no es un ideal abstracto; antes por el contrario, es la negación absoluta de abstractismo... precisamente porque el Evangelio es el libro más elevado en orden a la solución del problema de la vida. Si por un lado Jesús dice «Amad», por otro añade: «He venido a traer no la paz, sino la espada».

Es la ley del amor que hace guardar las proporciones debidas de la caridad al prójimo. Unas veces prodigando el mayor bien posible y otras en el sentido de lucha, defendiendo la dignidad individual, colectiva o nacional.

En su viaje triunfal por las tierras de Galicia, Su Excelencia el Caudillo, recuerda a las juventudes congregadas en la Plaza de España, de Lugo, el sentido espiritual de nuestra Cruzada... «y si hemos salvado a España y si hemos salvado esos bienes ¿Es mucho que les sujetemos a los principios morales y a la justicia social que es lema de nuestra bandera, a la hermandad entre los hombres de España y a la justicia y a la solidaridad entre españoles?».

Ved ahí la necesidad de educar a nuestra juventud haciéndola admirar y sentir la belleza del ideal de nuestra revolución de sentido netamente cristiano, para que su contenido no quede relegado a una simple fórmula filosófica o a una idea desprovista de virtualidad. Cuando la juventud de nuestra Patria se sienta atraída ardorosamente por la fuerza de la convicción hacia el «lema de nuestra bandera», entonces tendremos la posesión efectiva de los postulados de nuestra Cruzada.

Nuestra juventud ha de iluminar el camino del Imperio hacia Dios, con la llama viva de nuestro ideal que debemos compartir con mutua comprensión, llevados por la fuerza seductora de nuestra doctrina, cuya dignidad, ha de revestir la grandeza de nuestra Patria elevándonos a la condición que tenemos derecho como a hombres conscientes de nuestro destino y como a hijos de España.

Los escritos de los señores J. Puig Vert y J. Ilobet, que se publican en esta página, por haberse recibido con algún retraso no pudieron insertarse en nuestro número extraordinario anterior, que, como se recordará, su tema era «Nuevas generaciones», por lo que rogamos a nuestros inteligentes lectores lo sepan trasladar al mismo.—N. de la R.

## TEMA LOCAL

# PAISAJE JUVENIL

por J. Ll. S.

Las profundas y antitéticas conmociones sociales que se han sucedido en el transcurso de la última década, han debido influir sensiblemente en la formación del espíritu de nuestra juventud. Los jóvenes de hoy, niños ayer, que tuvieron que forjar su cultura en medio de estas radicales transformaciones, bebieron en las fuentes de concepciones las más diversas y contradictorias, y a no poseer una sólida educación paterna de la primera niñez, capaz de dominar sobre lo que no ha sido más que sentido circunstancial, o a no disfrutar del apoyo de una mano serena de hombre afeitado que los haya conducido, debieron de correr suerte parecida a las veletas en relación con el viento caprichoso... Si añadimos a ello los años de dolor transcurridos masticando la tierra de las trincheras, donde para afrontar la cruda realidad, debieron de valerse de todo el vigor juvenil, llegaremos a la conclusión que nuestra juventud ha vivido mucho e intensamente en poco tiempo y hasta sufre un poco de prematura madurez. Causas frecuentes en todas las guerras, pero muy especialmente en la nuestra, que vino precedida de luengos años de descomposición espiritual. Estos factores y la completa materialización con que la vida moderna ha invadido todos los sectores de la sociedad, rebajando, bajo su punto de vista, hasta la mínima expresión el valor de las nobles manifestaciones del espíritu, han cernido sobre la cabeza de buena parte de juventud como un mal aire de frialdad y desinterés hacia lo que a sentimientos culturales y artísticos se refiere.

Afortunadamente, existen en nuestra ciudad grupos de jóvenes, sujetos a propias disciplinas, que saben superar todas estas circunstancias deprimentes y encavan el camino de su vida por senderos, aunque distintos, saturados de espiritualidad. Y así vemos a los voluntariosos muchachos del Frente de Juventudes, practicando, entre otras actividades, el atletismo, forja de hombres sanos y espíritus fuertes, con una constancia digna del mejor encomio. A los jóvenes de Acción Católica, vanguardia de la cristiandad, entregados a una silenciosa y abnegada labor espiritual no omitiendo en su apostolado el tributo a las tareas artísticas: A unos jóvenes sacrificados que en las horas libres, de su trabajo cotidiano nutren su formación profesional o artística en las aulas de Escuelas e Institutos. A los que pincel en mano, recorren los panorámicos cam-

pos de nuestra comarca y en la medida de sus aptitudes plasman, sobre el lienzo, la esplendidez de un paisaje vallesano o todo el misterio de un crepúsculo espectacular. A los que rinden su vasallaje a las letras, al teatro, al estudio en general. Muchos de ellos podríamos enumerar que suavizarían un tanto el concepto que anteriormente señalábamos. No obstante, si al número de éstos oponemos el resto de la población juvenil de Granollers, convendremos que su porcentaje con relación a los segundos es en verdad hartamente menguado. Existen una infinidad de jóvenes, dominados, por no decir intoxicados de modernismo (de modernidad) que se entregan frenética e inconscientemente, derramando estérilmente el precioso caudal de sus energías juveniles, a diversiones exclusivamente corporales, sin contar para ellos las más elementales reglas de moralidad ni querer saber nada de lo que no se funda en excentricidades neyorquinas o debilidades raquílicas de galanes cinematográficos. Y así tenemos el porqué del éxito rotundo de nuestros salones de baile. La juventud granollerense, en su mayor parte, es excesivamente bailadora. No es ello que recriminemos su divertimento. Ni la lógica, ni nuestra condición de jóvenes nos permiten pensar tan tenebrosamente. Pero lo que no aceptamos es cuando ello es motivo de absoluta absorción y contemplamos junto a un salón de baile rebosante de juventud (cosa muy natural), otro salón, por ejemplo de música selecta, exento casi de rostros juveniles (y esto ya no es natural). Se ha dicho que el exagerado exclusivismo en alguna actividad humana no es siempre aconsejable, pero cuando esta actividad única no es más que material, sin el menor destello de espiritualidad, entonces nos atrevemos a sentar que es muy perjudicial.

Entre los cultivadores del arte, no hay que olvidar que algunos han llegado a ocupar relevantes puestos en Granollers, y algunos que han ganado la aureola regional, nacional y hasta internacional. Otros, por su actividad, nos hacen esperar que lo consigan en un plazo más o menos cercano. Todo ello es motivo de satisfacción para los buenos granollerenses, para los que quisiéramos ver, entre el conjunto de las ciudades, la nuestra, erigiendo en lo más alto el triunfo de su pabellón, rutilante de espiritualidad, tremolando al viento de la existencia, llevado gallardamente, con manos de juventud atlética, por los difíciles senderos que conducen a la perfección.